DEDICATORIA

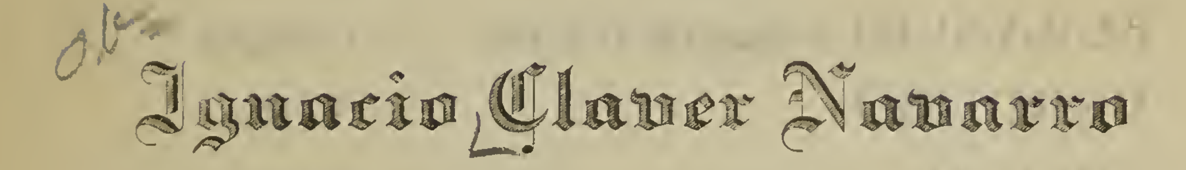
Al Patronato Social de la Sagrada Familia, le dedica este humilde recuerdo

EL AUTOR.

EL PESO DE LA CORONA

Drama en un acto y cuatro cuadros, en prosa

ORIGINAL DE



Estrenado con gran éxito en el Teatro de las Escuelas Catequistas de Torrero, en la tarde del 5 de Marzo de 1916.



ZARAGOZA
TIPOGRAFÍA de F. GAMBÓN
Canfranc, 3 y Valencia, 2
1916

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
REY. ANCIANO DE 60 AÑOS . . .	Sr. Maestre.
PRINCIPE. HIJO DEL REY; NIÑO DE 15 AÑOS . . .	» d' Arcourt.
DALMIRO. NOBLE MAYOR, DE 40 AÑOS.	» García.
FLEANCIO. NOBLE, DE 30 AÑOS	» Cagigas.
VERDUGO	» Tello.
CRIADO	» Gáñez.
Id. 2.°	» Valenzuela.

SOLDADOS, NOBLES, PUEBLO.

La acción se desarrolla en el Palacio Real de un Estado imaginario

ÉPOCA, EL SIGLO XVII





ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

La escena representa un salón particular del rey

ESCENA PRIMERA

El rey pensativo leyendo unos pergaminos y a su lado en ademán de contemplación, su hijo.

REY. Pienso hijo de mi alma, que Dios tiene contados ya todos mis días; no sé porqué vagos presentimientos, me parece que leo en cada escabel de mi trono: ¡condenado a muerte!

PRÍNCIPE. No; eso son fantasmas de tu imaginación. ¿Cómo puedes sospechar esa muerte cuando tu salud es excelente? Y cómo puedes pensar en un traidor cuando tu reinado tiene asombrados a los extranjeros y ves que todos ellos te desean largos años de vida?... Por qué temes?

REY. No sé; pero mi corazón me presiente un triste infortunio.

PRÍNCIPE. ¿Quiéres que para distraerte, demos una vuelta por el jardín?

REY. ¡Hijo de mi alma: Mírate a mis ojos y te verás en el fondo de ellos; mírate bien, por si no vuelves jamás a verte en tan dulce espejo!

PRÍNCIPE. (*Emocionado*). ¡¿Pierdes la razón? ¡No temas, padre mío: Soy un niño; pero si es que algún traidor quiere darte muerte, antes dará su puñal con mi corazón que con el tuyo!

REY. (*Aparte*), ¡Qué horror! (*Queda pensativo*).

PRÍNCIPE. ¿En qué piensas?

REY. En tí: Pienso en que si yo muriera serías también presa en la que se cebaría el tigre vengativo.

PRÍNCIPE. ¡Quién es esa fiera? ¿Dónde está? Que aun cuando soy un niño, iré en su caza!

REY. (*Cambio*). Tal vez son todo ensueños. ¡Tengo esta imaginación!

PRÍNCIPE. Menos mal que lo reconoces.

REY. Son ratos, hijo mío, en los que me parece ver fantasmas horribles; pero son meros ataques nerviosos.

PRÍNCIPE. Ignoraba yo que padecieses esa enfermedad.

REY. Un rey, si es rey, tiene los nervios siempre tirantes como los de un atleta.

PRÍNCIPE. ¿Por qué?

REY. Si cuando seas mayor me sucedes en el trono y gobiernas, aun cuando no más sea por un solo día, lo sabrás. Y mudemos de tema: ésta, es conversación de reyes y no de padres e hijos.

PRÍNCIPE. Padre: Quisiera saber por qué te persiguen esas visiones sangrientas.

REY. Ya te dije que no era nada: ¿Crees que el rey teme? ¡Solo a Dios! Y ahora déjame mientras despacho estos asuntos.

PRÍNCIPE. Hasta luego, padre mío. (*Vase*)

ESCENA II

REY

(El rey se acerca a la mesa y toma en sus manos los documentos que antes leía).

Lo dice, sí, aquí lo dice. Desean mi sangre y mi cetro. Quieren mi vida porque les estorbo. Soy para ellos cual roca gigantesca contra las que se estrellan todos sus planes (*leyendo*). «Firma los decretos adjuntos, en los que pedimos la ruptura de tus relaciones con el Pontífice de Roma. Publica la libertad de conciencia y serás nuestro rey y libre señor. De no haber firmado hoy a las doce los pliegos que te remitimos, necesitamos tu sangre para robarte la corona. Queremos un rey sin fanatismos, sin

Dios. No intentes huir, pues tenemos cercadas las puertas de Palacio». (*Pensativo*) Y huir a tierra extranjera sería cobardía, y yo no soy cobarde. ¡Estos decretos yo no los firmo!.... Luego mi muerte es cierta..... ¿Quién será mi verdugo?.... ¡Tal vez el que más me adula!

ESCENA III

DALMIRO Y REY

DALMIRO. (*Desde la puerta*). ¿Dáis audiencia?

REY. Cómo no he de darla a un amigo. ¿Qué ocurre?

DALMIRO. Señor, la ciudad está revuelta, grupos de gentes sospechosas recorren las calles y cercanías de palacio.

REY. Ya me lo figuraba.

DALMIRO. Se dice..... ¡No me atrevo!

REY. Dí, si ya lo sé.

DALMIRO. ¡Ah señor!; vuestra cabeza está puesta a precio por los que os rodean.

REY. (*Natural*). ¿Sí?

DALMIRO. Se han repartido puñales entre los nobles.

REY. Entonces ya te habrán dado a tí un par de ellos.

DALMIRO. !Ah, señor, fueron a echar suertes por ver quién os había de matar, y

resultó que no hubo necesidad, porque todos lo deseaban!

REY. ¡De modo que todos lo deseabais! ¿Tú también? Ya veo querido Dalmiro que las arcas del tesoro deben estar vacías; todo el dinero se ha debido emplear en comprar conciencias: ¡cuando han comprado la tuya; tú que fuiste mi mejor amigo!

DALMIRO. Yo quisiera recomendaros, que antes de dar las doce, firmaseis los documentos que se os han remitido.

REY. Tened por seguro, que no lo lograréis, y si a eso vinisteis, perdéis tiempo.

DALMIRO. Huid de esta tierra; yo os facilitaré la fuga.

REY. Eso es para los reyes cobardes ¿No véis que, aun cuando todos vosotros sóis mis enemigos, tengo en el pueblo, de mi parte a todos los hombres de bien? ¡Cumpliré con mi deber haciendo saber a ese pueblo, que me matasteis por respetar las leyes de Dios, de mis abuelos y de mis ciudadanos.

DALMIRO. De mucho os servirá todo eso si os matan.

REY. ¡Para los hombres sin conciencia como vosotros, no servirá de nada!

DALMIRO. ¡Señor, soy aún vuestro amigo; huid de este reino! ¿No véis que la cabeza de vuestro hijo caerá tras la vuestra?

REY. ¡Infames! ¿También os atrevéis con la sangre inocente?

DALMIRO. ¡Señor, rey, monarca, salid para el extranjero!

REY. ¡Ni monarca, ni rey, ni señor, se marcha de aquí!

DALMIRO. (*Con desdén*). ¿Qué más pude hacer que avisaros?

REY. ¡Defenderme!

DALMIRO. Y mi vida?

REY. Antes que yo pueda ser que la pierdas!

DALMIRO. ¿Me pensáis matar?

REY. (*Con majestad*) ¿Yo matar? ¡pensé que me conocías ¿no sabes que Dios me dijo en uno de sus mandamientos «*no matarás*»? piensas que soy tan monstruo como vosotros que por una vileza falto a ese Rey que reune en su cetro los reinos de la tierra y los reinos del cielo? ¡Cobardes!, ahora os atrevéis, porque habéis comprado a mi gente, pero después que mi cabeza ruede por las gradas del trono, tened presente la canalla infame, que Cristo no muere, que Cristo triunfa siempre, y que a El le encomiendo mi venganza!

DALMIRO. Irascible sois.

REY. ¡Mejor dirás, valiente!

DALMIRO. Pero oid, señor: esta noche os mandaré caballos, con los cuales podréis

cruzar la frontera, aprovechando.....

REY. Ya comprendo vuestros deseos. ¡Esta casta de hienas que me rodea y que quiere sumir a mi amada patria en los horrores de la irreligión, queréis que me marche para no encontrar resistencias..... Mas no lo conseguiréis, porque ¿quién me hizo rey?.... El pueblo. ¿Quién quiere robarme la corona? ¡Un infame, un impostor!.... Pues bien; mi deber es velar por el pueblo que me eligió y aun cuando ya sé que ese pueblo ingrato me abandona, mi conciencia me dice que debo evitar yo el que se corrompa con esas leyes vuestras y puesto que el pueblo me eligió su rey y ese pueblo nada dice. !Ay del menguado que ose profanar mi cetro.

Vé y diles a mis nobles que aquí les espera el rey.

DALMIRO. Señor; tal vez atenten.....

REY. Te repito que el rey no es cobarde.

DALMIRO. ¿Y vuestro hijo?

REY. ¡Pobre hijo mío!: Solo por él debieras compadecerme.

DALMIRO. Pero si yo, os propongo.....

REY. (*Transición*). De manera que no salió ni un amigo que me defendiera? ¡Amistad, falsa amistad; no te encuentro más que en la aldea tranquila entre los rústicos cortesanos y entre

los amables labradores, y aun entre éstos hay discordias!.... ¿Dónde estás, pues? O será tu nombre tan obscuro como el de felicidad?

DALMIRO. ¿Mandáis algo?

REY. Mandaría que os ahorcaran si tuviera súbditos que me obedeciesen.

DALMIRO. ¡Por qué, señor!

REY. Por ver un farsante y un traidor menos en mi palacio.

DALMIRO. ¿Cómo a un monstruo me tratas?

REY. ¡Basta de palabras: Puesto que todos me odiáis y queréis que huya o que firme, os diré, que el que con una sola palabra profane mi corona, lo condeno a muerte.

DALMIRO. (*Carcajada*). ¡Já! ¡já! ¡já!.... (*Vase*).

ESCENA IV

REY

Ahora sí creo que estoy vendido: cuando éste sabe que no puedo matarle, es que me han dejado sólo. ¡Sólo, Dios mío, contra una canalla de esvirros! ¡Y mi hijo! ¡Pobre hijo mío! ¿Qué será de tí? Me pareces como una hoja desprendida del árbol cuando comienza a formarse una terrible tormenta. ¡Dios mío, Dios mío! vela por nosotros que estamos solos.

ESCENA V

DALMIRO, FLEANCIO Y EL REY

DALMIRO. Señor, de nuevo vuelvo.

REY. Dalmiro, ¡atras!, aún no son las doce de la noche, son las cinco de la tarde. ¿Ya queréis mi sangre?

FLEANCIO. No, señor, os pedimos audiencia.

REY. No fío en vuestras audiencias.

DALMIRO. Mi palabra os doy; no llevamos armas.

REY. Fuiste mi amigo: Te creo; pasad. (*Entran al centro de la escena*).

DALMIRO. Aquí tenéis al que ha de cumplir vuestra sentencia.

REY. (*A Fleancio*). Y tú ¿quién eres?

FLEANCIO. Un desdichado, señor.

REY. Ya lo veo: ¿Y a qué venías?

FLEANCIO. A deciros que voy a obrar contra mi voluntad.

DALMIRO. Me dijo que quería hablaros, y le he traído ante vos.

REY. Acaso has venido a fijarte en el lugar en que has de darme la puñalada?

DALMIRO. ¡Nó, señor!

FLEANCIO. Nó, podéis creernos.

REY. Me extraña que deseeis hablarme.

FLEANCIO. Quiero deciros todo: Esta noche a las doce habéis tenido que entregar firmados esos documentos y edictos;

de no ser así, mirad. (*Le muestra el puñal*).

REY. ¡Criminal, esconde ese acero!

DALMIRO. ¡Prudencia, Fleancio!

FLEANCIO. Pues dije, voy a decírselo para que se marche, ya que según mi amigo Dalmiro, eres una buena persona. Así, pues, huye con tu hijo, y evitarás una tragedia esta noche:

REY. Seas tú quien seas, asesino: ¿Sabes que tengo un hijo?

FLEANCIO. Por eso vengo a deciros también, que si os quedáis, procuréis que él no duerma con vuestra majestad. Hacerle dormir lejos; muy lejos, para que así no oiga los alaridos.....

REY. ¡Marchaos! ¡Por Dios, Dalmiro; No me martiricéis con las palabras, ya lo haréis con el puñal!

FLEANCIO. Nada más, pues, quería deciros. (*Se marchan*).

ESCENA VI

REY

Me siento cobarde; me estremezco. ¡Señor! ¡Señor! Ayudadme a apurar este cáliz de tormentos! ¡Dios mío, no puedo más! ¡Ay, cómo se me han grabado esas palabras: «Haz dormir a tu hijo lejos de tí para que no oiga tus alaridos».

Y no es sueño, pues miro y veo. ¡Ah, si luego despertase y me encontrase con una dulce realidad. (*Pausa*). ¿Y qué hacer? Dios mío, hágase tu voluntad y no la mía!

ESCENA VII

PRÍNCIPE Y EL REY

PRÍNCIPE. Qué sombrío está hoy nuestro palacio, ni aun Miguel, hijo de tu amigo Dalmiro ha venido a jugar conmigo.

REY. ¿Sí, hijo mío? Es cosa bien rara.

PRÍNCIPE. ¿Estáis malo?

REY. No; digo sí: estoy molestado, quisiera hijo mío que esta noche me dejaras descansar sólo, necesito una quietud muy grande. (*Aparte*). ¡Ay, no puedo más!

PRÍNCIPE. ¿Cómo es que no se vé la animación de palacio?

REY Es que el león está esperando que el águila se duerma, para degollarla.

PRÍNCIPE. Y eso es una fábula?

REY. Sí, Luisín mío, es una fábula que tiene una moraleja que dice: «¡Los reyes no deben dormir!»

PRÍNCIPE. Si no lo entiendo.

REY. Oye, si yo muriera, tú que harías?

PRÍNCIPE. ¡Morir contigo para que nos enterrasen juntos!

REY. (*Aparte*). (Así hablaban los hijos de los mártires.) Pero y si Dios quisiera que yo me separase de tí para siempre?.... Ponte en la realidad: dime, ¿qué harías?

PRÍNCIPE. ¡Morir de dolor! Yo padre mío, no quiero la corona; pesa mucho para mis sienes de niño!

REY. ¡Ah!, pues a mi cuerpo de anciano, créeme, lo aplasta.

PRÍNCIPE. ¡Háblame con franqueza: ¿qué te pasa? Estás pálido como la misma muerte, tus ojos se fijan en mí como extraviados. (*Abrazando al rey*). ¡Padre mío, padre mío!; o tú estás loco, o nos has vendido!

REY. ¡Hijo de mi alma! ¡Luis de mi vida! no estoy loco, nó ¿ves cómo te quiero? ¡vendernos, tampoco: las coronas de los reyes, no se venden; o se heredan o se roban!

PRÍNCIPE. Me marcho, luego vengo; voy a llamar a Miguel. (*Hace ademán de irse.*)

REY. No le llames, porque no vendrá.

PRÍNCIPE. Por qué? No ves que quiero preguntarle por lo que te pasa a tí? Sé que él te habló hoy porque le he visto salir de aquí.

REY. Pero hijo mío, si esto que tu ves en mí son ratos de accesos nerviosos, luego vendrá el doctor, que le man-

daré llamar y él nos dirá el remedio de este mal.

PRÍNCIPE. (*Aparte*). (No, no; aquí pasa algo.) Padre, hasta luego. (*Se va*).

REY. ¡Ay, cómo se van sucediendo los acontecimientos! El tiempo vuela, las doce llegarán. Llamaré a mi criado de cámara. (*Llama.*)

ESCENA VIII

CRIADO Y EL REY

CRIADO. Señor.

REY. ¿Está tranquilo el palacio?

CRIADO. Por esta parte, sí, pero por abajo ....

REY. Me eres fiel?

CRIADO. A un rey bueno, cómo nó?

REY. Ven, acércate; aún veo que tengo amigos.

CRIADO. Me confundís; yo soy un simple soldado.

REY. Pero tienes más conciencia que todos los nobles de mi reino. Quiero pedirte un favor.

CRIADO. El que vuestra majestad quiera.

REY. Tú no sabes que hay traidores que quieren matarme; tú tampoco sabes que voy a morir por defender una santa causa: los nobles han querido que firme un decreto contra la fé que es la religión de mi pueblo, y hoy a

las doce, si no está firmado, estoy condenado a muerte.

Criado. ¡Señor, cómo puede ser eso!

Rey. Si tu fueras tan bueno que tomases tu caballo y te llegaras al próximo reino y pidieras auxilio al rey, mi primo.

Criado. Pero no podré estar allí a las doce.

Rey. Ya lo sé, pero en los caminos, publica a las gentes del campo este crimen; ¡los humildes suelen tener buen corazón! Y aun cuando no lleguen antes de mi muerte, llegarán tal vez antes de la de mi hijo.

Criado. Como lo decís lo haré; no temáis, yo les diré en los pueblos y en las aldeas, que lleguen aquí antes de las doce.

Rey. Diles que su rey morirá gustoso por ellos y por la santa causa de Dios, pero si vencen, ayudados de Él y del rey, mi primo, nombren a mi hijo por su señor y monarca; pues tiene derecho, y el derecho legítimo de los reyes procede de Dios.

Criado. Marcho, pues, corriendo, ya veréis cómo sé alentar a los cortesanos.

Rey. Dios premie tu acción en el cielo, y mi hijo pueda recompensártela en la tierra. Cuida que no te compren mis enemigos: encomiéndate a Dios para que si al salir ahora de palacio quie-

ren comprarte, no caigas en la tentación.

CRIADO. No temáis; soy vuestro perro fiel. (*Váse*)

ESCENA IX

REY

Me marcho, me marcho a descansar porque esta noche no dormiré; tengo que velar mi corona; tengo que esperar valiente para mirar cara a cara a la misma muerte. ¡Mas no me arredra, porque el que teme a Dios, no tiembla ante la sombra tétrica de la muerte. (*Se marcha*)

ESCENA X

PRÍNCIPE

Por qué tan angustiado está mi corazón? ¿Cómo es que estos salones están desiertos, cuando otros días los nobles nos rodean? ¿Querrán matarnos a mi padre y a mí? ¡Ah! ¡Por qué nací hijo de un rey! ¡Por qué no fué mi padre un humilde artesano? ¡Qué desgraciados somos; las angustias no nos dejarán nunca! Mas, tal vez mi padre se preocupa por otros

asuntos. ¿Será que soy demasiado pesimista?.... Y no sé, pero los grandes acontecimientos se presienten.

ESCENA XI

PRÍNCIPE Y FLEANCIO

FLEANCIO. Su alteza me permite?

PRÍNCIPE. Adelante, amigo Fleancio.

FLEANCIO. (*Aparte.*) (¡Pobre niño!) Y tu padre?

PRÍNCIPE. Déjale, está descansando.

FLEANCIO. Piensa velar esta noche?

PRÍNCIPE. ¡Por quién!

FLEANCIO. Dicen si está el palacio encantado.

PRÍNCIPE. También tú sueñas?

FLEANCIO. No. Oye niño: ¿Cuántas horas faltan para las doce?

PRÍNCIPE. Cinco.

FLEANCIO. ¡Para, pues, si puedes, el reloj de la eternidad; corta sus saetas para que no lleguen nunca las doce!

PRÍNCIPE. ¿Estáis loco?

FLEANCIO. Casi lo estoy. No más verte se me ha subido la sangre a la cabeza.

PRÍNCIPE. Sí que parece andáis encantados: No os entiendo: Dime, buen Fleancio; ¿qué pasa hoy en nuestro palacio? A mi padre le veo sufriendo y no sé porqué; vosotros también andáis sin saber lo que decís; los nobles no se reunieron hoy con mi padre; y hay

un espíritu de dolor y pena por estos salones!

FLEANCIO. Quiéres saberlo? Anda, despierta a tu padre.

PRÍNCIPE. Ahora mismo voy a hacerlo.

FLEANCIO. Ves, niño, despierta a tu padre y dile que no duerma, que vele; por que los grajos vuelan ya por el cielo y cuéntale también, que cuando se ha puesto el sol parecía que el cielo se teñía de sangre. Dile que te lo ha dicho Fleancio, que él ya sabe quién soy.

PRÍNCIPE. Pues no lo ha de saber: Acaso no te conoce de siempre?

FLEANCIO. ¡Ah! Aquél Fleancio ya no vive!

PRÍNCIPE. ¡Locos, todos locos! (*Se marcha.*)

ESCENA XII

FLEANCIO

Pensar que tengo que cortar la vida de un hombre a quien admiro; a un sér de quien sólo he recibido beneficios..... ¡Ah, no: esto es antinatural; yo no..... Pero no hay remedio, estoy pagado y mi palabra está dada.

¡Ah coronas de los reyes; yo os admiro!, cada lágrima que vertís por vuestro pueblo, es una perla que

deslumbra en vuestra corona; pero ¡ay!, pueden ser tan jigantes esas perlas, que aplasten al monarca.

TELÓN RÁPIDO

CUADRO SEGUNDO

Salón de palacio. Habitaciones de Dalmiro

ESCENA PRIMERA

DALMIRO Y FLEANCIO

FLEANCIO. (*Entrando.*) Señor, aquí os traigo este dinero. (*Le entrega una bolsa*).

DALMIRO. ¿Qué dinero?

FLEANCIO. Este que me disteis: Yo no mato al rey.

DALMIRO. A estas horas lo dices?

FLEANCIO. Señor, tengo aquí una pena... ! No quiero ser vuestro cómplice, ni menos el asesino de nuestro rey. ¡Me habéis comprado por un puñado miserable de oro!

DALMIRO. ¿Esa conducta conmigo? ¡Tiembla, esclavo!

FLEANCIO. No temblaré nunca ante vos. Puedo enterar al pueblo de vuestras intrigas.

DALMIRO. Amigo mío, sé razonable y fiel. (*Aparte.*) (Estoy perdido).

FLEANCIO. ¡Fidelidad! ¿Con quién? Me sofoca el pensar en esa fidelidad. ¡Ser infiel con vos, me haría feliz.

DALMIRO. (*En tono de amistad*). Ahora que me acuerdo, Fleancio: el otro día te dejaste olvidada en esta habitación esta bolsa que contiene cien doblones bien contados. Toma, amigo, de nadie es este dinero más que tuyo. (*Le entrega la bolsa*)

FLEANCIO. (*Tomando la bolsa y arrojándola al suelo.*) ¡Maldito sea este dinero! ¡Es el pago de una vida!

DALMIRO. Qué jugada es esta! ¡Falso!

FLEANCIO. Señor, no sabiais que se quiebran los vínculos que unen a los pillos? ¡Nada más fácil!

DALMIRO. ¡Ah infame! ¡esto a última hora!

FLEANCIO. Adiós, señor.

DALMIRO. Mira que seré tu amigo en el reinado.

FLEANCIO. ¡Y el día de mañana, me mandariais ahorcar para guardar el secreto! (*Se va*)

ESCENA II

DALMIRO

¿Qué ha sido de mi astucia y mi valor? ¡Hasta los míos me venden! Los cimientos del edificio de mi dicha, se conmueven. (*Pausa*).

Y si yo mismo fuera y le asestase una puñalada?....

!Animo!, ¡probemos! (*Alucinado*) Mas..... quién me sigue.

Veo como nunca, semblantes pavorosos; parécenme oir acentos desgarradores. ¡Ay!

Y si me vendiese mi sombra misma; quién sabe si el mismo aire de mis movimientos criminales.... ¡Ah, los cabellos se me erizan, se me hiela la sangre! (*Pausa.*)

Pero sí, le mataré. Triunfa, corazón! ¡Atrás conciencia! (*Sacando el puñal*). ¡Rey, tu suerte está echada! A tu aposento. ¡Guíame, espíritu del dolor! (*Queda pensativo*).

¿Cómo me robarán a mí la corona si llego a ser rey?.... ¡Pensamientos locos, atrás¡

Cuando vuelva a este recinto soy monarca: El Papa saldrá desterrado, la libertad andará por las calles y Dalmiro será el tirano mayor que vió la historia! (*Al ir a salir se encuentra en la puerta con el verdugo.*)

ESCENA III

DALMIRO Y EL VERDUGO

DALMIRO. Adelante, amigo mío, llegáis en un momento oportuno, tal vez en tu vida habrías llegado más a tiempo.

VERDUGO. ¡Pues!

DALMIRO. Necesito de tus servicios; quiero encomendarte la obra más terrible, pero al par, la más grande que vieron las paredes de nuestro palacio.

Ya sabes que el rey es enemigo de las ideas de los nobles; así, pues, como no podemos desarrollar nuestros planes, porque él pone siempre coto a nuestras acciones, hemos decidido.....

VERDUGO. ¡Desterrarlo!

DALMIRO. Sería inútil, porque los reinos vecinos protestarían, y tal vez el pueblo..... Así, pues, los nobles han puesto en mí toda su confianza, y como viviendo el rey y su hijo, no podremos desarrollar nuestro plan, he decidido libertar al pueblo de una vez de la tiranía que nos oprime, hacernos libres los nobles, y a vosotros los súbditos palatinos, llenaros de oro, haceros vivir mantenidos en nuestras mesas, gozar de nuestras orgías, y haceros dueños de grandes posesiones.

VERDUGO. Señor, la idea es soberbia.

DALMIRO. Pues bien; la cosa es sencilla: el rey ya tiene los documentos que ha de firmar y que redacté ante los nobles; si a las doce los trae firmados, ¡viva el rey!, y si nó, ¡muera el rey! ¿Estás conforme?

VERDUGO. Sí, sí.

DALMIRO. Pues tú ejecutarás la sentencia; tú que ya estás acostumbrado a mancharte las manos de sangre humana: A mí se me haría fuerte resistencia.....

VERDUGO. A vuestras órdenes.

DALMIRO. A las doce subes aquí; si no están los documentos en este sitio, tomas el puñal y a matar al rey; si duerme, durmiendo; y si reza, rezando.

VERDUGO. Y qué me daréis en pago?

DALMIRO. Cuanto pidas.

VERDUGO. No quedaremos mal. (*Se marcha.*)

ESCENA IV

DALMIRO

Un cuarto de hora queda. Él, no, no firma esos documentos; los redacté en forma tal, que su fanatismo no le permitiera hacerlo. ¡Ah, ya llega la hora de la libertad! pero, ¡ay, qué libertad que mata a la justicia. ¿Serás esclavitud?

Siento aquí en mi corazón como deseos de deshacer lo que hice ¿Qué mal me ha hecho? Pero no; seré rey, rey sin honra, pero dominaré un reino, me vestiré de púrpura y armiño, y todos serán mis esclavos, triunfarán mis ejércitos, y al ceñirme la corona

sobre mis sienes, este palacio estará deslumbrante, mis amigos brindarán por mi cetro, y en tanto los cañones atruenan el espacio, y las marchas de mis soldados lanzan a las nubes sus acordes sonoros, saldrá de sus estados ese anciano que nos estorba, y yo dominaré majestuoso la tierra y el cielo, y así, cuando la historia trace estos cuadros en sus páginas, pensará el mundo que fuí un rey nacido en un pueblo de titanes.

Las doce darán en seguida.(*Pensativo.*)

¡Los mantos de los reyes deben teñirse con sangre!

TELÓN

CUADRO TERCERO

Salón dormitorio del rey, dispuesto de la forma que requiere la escena.

ESCENA PRIMERA

REY Y EL PRÍNCIPE

REY. Hijo mío, toma un beso y márchate a dormir, duerme tranquilo, el doctor me dijo que esto no era nada, que acabaría pronto, pero me encargó que descansara sólo.

PRÍNCIPE. Y tú, sólo te quedas?

REY. Sí, hijo mío; tengo un sueño que me hace palidecer; estoy agitado todo el día con estos destemples nerviosos, y ahora me encuentro rendido hasta el punto de que ya no me pueden sostener las piernas.

PRÍNCIPE. Mañana, no te levantes; descansa esa fatiga.

REY. El caso es, hijo mío, que tengo que emprender un largo viaje.

PRÍNCIPE. ¡A dónde!

REY. No te pasmes. El mismo camino que yo voy a recorrer, también lo harás

tú; allí te esperaré con un ser querido a quien tú no conociste.

PRÍNCIPE ¿Deliras?

REY. No, no deliro.

PRÍNCIPE. ¿Qué viaje es ese?

REY. No sé aún cuando partiré; puede ser hoy, mañana o cualquiera otro día; en total hijo mío, todo tiempo es breve si se compara con la eternidad.

PRÍNCIPE. Pero, y no puedo ir contigo?

REY. No, hijo de mi alma; tú te quedas a custodiar mi corona y a mantener el orden desde el trono, mientras yo también velaré por tí desde donde reine.

PRÍNCIPE. ¿Te hacen rey de otros Estados?

REY. Sí, quieren hacerme rey de un Estado en donde dicen ha tendido la belleza su mayor esplendor, de un Estado en el que los hombres son felices, y sus palacios están tejidos por los rayos del sol y los girones de las nubes .... Y vete ya a descansar; dime adiós para si al amànecer mañana hubiera partido a mi nuevo reino.

PRÍNCIPE. ¿Y harán la fiesta de tu coronación?

REY. Sí, hijo mío; me darán por cetro una palma radiante y hermosa, y me coronarán con una corona más rica que la que aquí te dejo ¡Coronas que no pesan ni dilaceran el corazón!

PRÍNCIPE. ¡Cómo quieres engañarme! Quieres

decirme ahora eso, para venir tú mañana a despertarme y darme la alegría de ver que estás conmigo, ¿verdad?

REY. No. Digo sí, hijo mío; te he contado este cuento para que, llevándotelo grabado en la imaginación, sueñes con él y pases distraído las horas más aciagas de noche.

PRÍNCIPE. ¡Cuánto me alegro! Como niño que soy, me había creído que te marchabas; ya pensé quedarme en vela para despedirte, aunque no hubieras sido tú tan ingrato que no me hubieras llamado.

¡Qué felices somos, aun cuando las obras de tus nobles no nos satisfagan.

REY. ¿Felices has dicho?

PRÍNCIPE. Tú y yo, no como reyes, sino como padre e hijo.

REY. Mira, cuando seas rey, si así Dios lo quiere, sé fuerte y con la vista en el cielo, pídele al Dios de la fé que te ayude a sostener tu corona, porque a los ojos de los hombres es la corona un símbolo radiante de gloria y esplendor, pero a los ojos del rey que la sostiene, si la lleva bien ceñida a su cabeza, es una cruz jigantesca; por eso, hijo mío, si el rey no pide a Dios ayuda, cae hecha pedazos en manos del pueblo. Que un hombre

por sí sólo, por fuerte que sea y grande que tenga su inteligencia no puede gobernar un pueblo; mas si le ayuda Dios, sí.

Este ha sido el último consejo que te doy esta noche.

¡Ah!, se me olvidaba: Sé temeroso de Dios, porque si temes ante Él, jamás temerás ante el enemigo.

Ahora dame un beso, y márchate a dormir.

PRÍNCIPE. No, no: aquí en este sillón dormiré, así si algo te ocurre me avisas.

REY. No, hijo; anda a tu aposento.

PRÍNCIPE. Que nó, padre, que nó.

REY. Obedéceme.

PRÍNCIPE. Apiádate de mí. Déjame, aquí dormiré tranquilo. (*Se recuesta en el sillón*).

REY. Espera, pues, que te cubra con este damasco. (*Lo hace*). Sueña, sueña, hijo mío, con esas grandes ciudades de luz. ¡Cuando mañana despiertes!

PRÍNCIPE. ¡Qué! (*A media voz*). (*Luego queda dormido*).

REY. Nada; que brillará el sol como todos los días. (*Se acerca a la mesa del fondo*). Cinco minutos faltan: Aquí están los documentos. ¿Los firmo? ¡Ah, pobre hijo mío! Duerme, duerme mientras se tortura mi corazón de padre! duerme y sueña con esos

palacios fantásticos; sigue soñando con el rostro feliz de tu desgraciado padre. ¿Qué verás cuando despiertes?.... No lo sé, es un secreto horrible ¡Ah, no; yo no muero! Pero no; tampoco firmo. ¡No puedo más! ¡Jesús! ¡Padre mío! ¿Seré yo el que sueño? ¡Ah!, es que ha llegado mi hora..... ¿Despierto a mi hijo? (*Acercándose a él*). No. ¡Qué bello está, parece que Apolo y el Sol han puesto en sus bucles la belleza del encanto. ¡Qué rostro, qué dulce semblante¡ ¡Abandonarlo para siempre!

El tiempo pasa. Quedan tres minutos, ¡Dios mío, no puedo más. Yo firmo, sí; pero firmo, Señor, contra tu voluntad? ¡No, no firmo, morir prefiero..... No, tampoco. ¿Pues qué quiero?.... Voy a besarte, hijo mío, por última vez. (*Lo hace*). ¡Adiós!

Aún queda un instante; puedo firmar y vivir..... Ahora es cuando quiero huir; lanzarme lejos de aquí... Mas, es tarde, no puede ser.

¡Firmo! (*Toma la pluma, en el mismo momento tocan las doce campanadas de un reloj de torre*). ¡Las doce dan! Dios mío, ayudadme. (*Rasga los documentos y los arroja al suelo*). ¡Demonio infernal, no me vences!

Ahora a esperar la muerte. La angustia y la fatiga me deshacen. ¡Qué zozobra! ¡qué dolor!

Cerraré los ojos con el sueño de la vida y tal vez me los abra el sueño de la muerte. (*Se tiende sobre la cama y se cubre con el manto real*).

(*Queda la escena en un momento de pausa.*)

PRÍNCIPE. (*Despertando.*) Mi padre duerme. (*Se levanta y se acerca a la cama.*) Dulce rostro de mi querido padre; qué feliz me haces al verte con el sueño reparador. ¡Ay, si yo pudiera ayudarte a llevar esa corona que para tí es una cruz! Pero tendrá frío, solo cubierto con el manto real, le cubriré con estos damascos, que mejor le abrigarán (*Lo hace, y quitando el manto real pone los damascos*). Apagaré la luz. (*Apaga el velón que estará encendido sobre la mesa.*)Y yo me cubriré con esto. (*El manto real.*) ¡Qué bien voy a descansar a los pies de mi padre. ¡Feliz, feliz sueño! Sólo quisiera despertar y encontrarme que en lugar de reyes éramos mendigos!

(*Queda envuelto en el manto a los pies de la cama. Pausa. Y luego se oyen repetir las doce en un

reloj lejano. En el momento que la acción requiere, entra el verdugo enmascarado y con el puñal en la mano; busca al rey, y al tocar el manto real, da sobre aquel una puñalada y huye).

PRÍNCIPE. ¡Ay!, ¡ay!, padre mío. (*Muere*).

REY. (*Sobresaltado*). ¡Qué, que dices; despierta. (*Se levanta y se acerca a su hijo*) ¡Sangre! ¡Mi hijo muerto! ¡Muerto! ¡Luis, Luis mío! Despierta, ¡Asesinos; si era a mí a quien buscabais! Aquí estoy.

Sangre de mi hijo; suba tu vapor siniestro al cielo, y se forme una nube que aniquile a los traidores.

¡Hijo mío!, hijo mío; dí algo (*Le abraza*). ¡Soy tu padre!.... Nada, tú has sido la víctima. ¡Dios mío, toma en tus brazos el alma de mi corazón, y mándame esa conformidad que necesito.

¡Señor! Creo en Tí, porque me haces padecer. Creo en Tí, justicia infinita. ¿Qué quieres decirme con esta víctima inocente? ¡Señor, dime! ¿necesitas de mi vida para una nueva expiación? ¡vengan, pues, los puñales a clavarse sobre mí.

Hijo de mi alma, abrázate a tu madre si te la has encontrado en el cielo! ¡Ah, no sueñas ahora, no; era una

realidad lo que yo quise fuera una fantasía; Huíste tú a esa región a donde yo pensé partir.

Tú, mi Dios, lo has querido. En tus altos designios sabrás el porqué: yo me someto a ese secreto de tu voluntad!

¡Dichoso de mí, mil veces dichoso, que sé exclamar ante este torrente de dolor: ¡«Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»! *Cae de rodillas.*)

TELÓN LENTO

CUADRO CUARTO

Salón de palacio. Habitaciones de Dalmiro. Gran puerta al fondo, que dará a una terraza.

ESCENA PRIMERA

DALMIRO

Luzca ya el esplendor de mi rostro, la grandeza de mi poderío, la fuerza de mi cetro. Llegó el momento de presentarme a los nobles y decirles: ¡Somos libres! ¡Oh, ansiada felicidad, ya llegas! (*Pausa*).

Pero este verdugo parece que no viene nunca. ¡Qué temor, qué impaciencia! ¿Habráse el rey vuelto contra él? ¡Qué angustia! (*Pausa*).

¡Esto ya es mucho rato!.... Pasos se oyen. ¿Será él?

(*Acercándose a la puerta*). ¡Qué, qué, habla!

ESCENA II

DALMIRO Y EL VERDUGO

VERDUGO. Muerto, señor; del todo muerto. Ved el puñal, aún lo tenéis lleno de sangre. (*Le da el puñal*).

He debido de darle en la arteria más escondida del cuerpo humano.

DALMIRO. ¡Y qué hizo?

VERDUGO. No lo sé. Yo ví que estaba rendido, envuelto en su manto real. Apenas pude distinguirlo por la poca luz que había, pero no más percibirme de que allí estaba, al oir la respiración, clavé el puñal con tal fuerza que saltó como un chorro de sangre a mi rostro. Salí corriendo, y en el mismo momento dió su hijo un grito terrible. ¡Tal vez me había visto!

Y aquí me tenéis que vengo a pediros mi dinero. Yo quiero marcharme lejos de aquí, porque estos salones los llevo impresos en mi corazón, y quiero olvidarlos para siempre.

DALMIRO. Sea como dices. Luego te pagaré tu obra maestra.

VERDUGO. Es obra vuestra, señor; mía no. Voy a lavarme. (*Se va*).

DALMIRO. Sí, lávate antes de que amanezca.

ESCENA III

DALMIRO

(*Con el puñal en una mano y fija la vista sobre el mismo.*)

¡Este, sí, este es el puñal! ¡Habrá

penetrado por sus fibras y arterias, como el hilo de agua penetra por la cañada; tal vez habrá roto alguno de sus fuertes tendones o habrá abierto una puerta a la gran fábrica del corazón....!

¡Sangre de rey! Tal vez el día de mañana, busquen también la mía. ¡Qué horror!

¡Cuánto cuestas, corona! (*Pausa.*)

¡Y ya soy rey....! ¡Ah!; tal vez me persiga la sombra de mi señor! No, no; son ilusiones. ¿Qué me importa de la misma muerte, si soy monarca?

ESCENA IV

DALMIRO Y FLEANCIO

(*Al entrar Fleancio en escena, deja Dalmiro el puñal sobre la mesa.*)

FLEANCIO. ¡Hola, Dalmiro! Ya sé lo que pasa. ¡Infame!

DALMIRO. ¡Fementido! ¿Sabes que hablas con el rey?

FLEANCIO. ¡No reconozco yo a un rey de la estirpe de los bandidos!

DALMIRO. ¡Cortaré tu lengua!

FLEANCIO. ¡Qué has hecho; hombre sin corazón!

Has muerto al amigo de los más

nobles proyectos; a nuestro rey; padre de un niño inocente. ¡Al hombre mejor que conocí! Noble ante los grandes y amigo de los humildes. ¡Qué has hecho?! ¿Qué obras podrás tú darnos mejores que las de él? ¡Traidor¡ ¡Asesino! ¡Cobarde!

DALMIRO. (*Fuera de sí*). !Qué dices¡ No oyes ya que se levantan los soldados? Luego vendrán los nobles, nos reuniremos y os daremos cargos importantes.

FLEANCIO. ¡No quiero recibir de vuestras manos teñidas de sangre, ni el mejor de los bienes!

DALMIRO. (*Con ira*). ¡Fleancio! Mira que no tienes a nadie que te defienda. Yo soy tu rey, tú mi esclavo, y como a tal he de tratarte. Y mal que te pese, celebraránse fiestas en honor a mi coronación.

FLEANCIO. ¡Y qué va a decir el pueblo?

DALMIRO. ¡Nada! El pueblo hará lo que diga el rey, y si no se somete, pondré una horca en cada esquina!

FLEANCIO. ¡Cobarde, qué acción has cometido: ojalá otra igual cometan contigo! ¿Por qué cerrasteis las puertas de palacio y no dejáis entrar ni salir a nadie desde anoche? ¿Por qué habéis hecho correr por el pueblo la voz de que el rey estaba enfermo de gravedad?

¡Bien preparada teniais la trampa! Dime: ¿Cuántas voluntades habéis comprado desde que encerrasteis ayer al rey en sus salones?

DALMIRO. Calla, Fleancio, y huye de mi vista!

FLEANCIO. El pueblo ignora lo que pasa en palacio, pero no ignora que el rey tiene un hijo y que a ese hijo le corresponde la corona una vez muerto su padre! O habéis matado también a su hijo?.... ¿Te desconciertas?

DALMIRO. El príncipe está loco.

FLEANCIO. ¿Loco el príncipe?

DALMIRO. Sí.

FLEANCIO. ¿Desde cuándo?

DALMIRO. ¡Desde..... ayer!

FLEANCIO. ¡Mientes!

DALMIRO. ¡Los médicos informaron anoche y el informe ya lo sabe el pueblo!

FLEANCIO. ¡También comprasteis a los doctores!

DALMIRO. ¡Basta ya; que me canso de hablar contigo.

FLEANCIO. ¡Ah, si pudiera salir de palacio!

DALMIRO. Es que antes de salir tienes que jurarme fidelidad, y si así no lo haces, estás condenado a muerte.

FLEANCIO. ¿Fidelidad contigo? ¡Jamás! ¡Espera que despierte el pueblo!

DALMIRO. ¡Es que si mal se porta, seré un tirano!

FLEANCIO. ¡Pues al tirano se le aplasta! (*Se va*).

ESCENA V

DALMIRO

¡Poco tiempo llevarás tu cabeza sobre los hombros, Fleancio!

(*Oyense los toques de un clarín que toca a diana; luego voces de los soldados. Llegándose a la puerta en ademán imperioso*). A ver, criados, traedme las antiguas vestiduras del Rey.

ESCENA VI

DALMIRO Y DOS CRIADOS

Criados 2.ª y 3.º ¡Señor!

DALMIRO. Traedme también su corona y despertad a todos los nobles; decidles que el rey ya ha muerto. Tres heraldos anuncien al pueblo su fallecimiento e inviten a las pompas fúnebres que se celebrarán esta tarde.

CRIADO 2.º Bien, señor. (*Se marchan*).

ESCENA VII

DALMIRO

¡Soy rey! Feliz momento; ya has llegado. (*Saliendo a las puertas.*)

¡Soldados: Suenen los clarines!

ESCENA VIII

DALMIRO Y EL REY

REY. (*Desde dentro*). ¡Que no suenen los clarines! (*Entrando*). ¡Suenen las trompas guerreras y se oigan los ecos de las campanas que lloran la muerte de un príncipe!

DALMIRO. (*Con terror*). ¡Eres tú, o eres la sombra del rey! Vienes del otro mundo o esto es un sueño de mi imaginación!?

REY. Soy yo, que vengo a buscarte para conducirte a mi aposento y contemples un cuadro, que al hombre más descorazonado le estremecería. ¡Ven conmigo y sabrás el secreto de tu crimen. Anda, sígueme; digo mal: ves delante de mí; quiero que te horrorices de tu propia obra. Verás hechos pedazos los malditos documentos que me mandasteis y manchados esos pedazos de sangre, pero de sangre inocente que está pidiendo la tuya. Y manchado de ella, verás al niño más bello que soñó una madre, pero exánime y grabada en sus labios una sonrisa dulce, porque dulce fué también la última palabra que pronunció. Y allí también verás la corona por el suelo, y el manto

real agujereado por el puñal infame.

¡Vamos allí, y si eres valiente, ponte ese manto sobre los hombros y aquella corona sobre tus sienes! ¡Loco: ese manto y esa corona te harían bajar muy pronto al sepulcro, y es tanto el peso que para tí tienen, que se abriría la tierra para recibirte en su espantoso seno! ¡Cobarde! ¡Vil!

DALMIRO. (*Desenvainando la espada.*) Seas espíritu o persona humana ¡atrás! ¡Soy el rey!

REY. ¡El rey soy yo! y para que deje de serlo tienes que esperar a que me duerma, y el rey ya no duerme.

DALMIRO. (*Saliendo a la terraza y con ira*). ¡A ver, verdugos! Me habéis vendido? (*Entrando*). ¡Ira del cielo!

REY. No te han vendido. ¡Quien te ha abandonado ha sido Dios!

DALMIRO. (*Desesperado*). ¡¡Ah!!

ESCENA IX

Dichos y el CRIADO

CRIADO. ¡Señor: las gentes llegan tras mi caballo.

(*Oyense las lejanas campanas de las aldeas, luego rumores tumultuosos algo lejanos que se acercarán poco a poco.*)

PUEBLO. ¡Viva el rey! ¡Viva! ¡Muera el traidor!

REY. (*A Dalmiro*) Oye, oye las voces de esos hombres que aún no has podido comprar.

PUEBLO. (*Más cercano.*) ¡Muera el traidor! ¡Muera!

REY. ¿Ves como piden tu sangre? ¡Mi corazón también la pide!.... ¿Qué dices ahora?

ESCENA X

Dichos y FLEANCIO.--Luego campesinos y soldados

FLEANCIO. (*Entra atemorizado*). Los aldeanos y campesinos llegan y quieren penetrar en palacio. ¡Salid, señor, al balcón para que vean que aún vivís!

DALMIRO. (*Aparte*). ¡Estoy perdido!

REY. (*Coje a Dalmiro y lo arroja a sus plantas*). ¡Infame; admira mi poder! Cae a mis plantas como reptil inmundo; retuércete en esa conciencia de criminal!

DALMIRO. ¡¡Ah!!

REY. (*Desenvaina la espada*). ¿Vengo la sangre de mi hijo? (*Pausa y cambio rápido*). Mira este filo, que podría cortar tu existencia, cómo vuelve a su puesto sin haber tocado ni uno solo de tus cabellos. (*Envaina.*)

FLEANCIO. ¡Dadle el golpe!

CRIADO. ¡Clavadle la espada!

REY. No; eso sería parecerme a él, y yo no soy de esta estirpe de asesinos Yo tengo un Dios, y él se tiene por único señor; yo tengo una conciencia tranquila, y él sólo tiene un caos de remordimientos: yo lloro alegre mi terrible pena; él llevará siempre traspasado su corazón por un puñal horrible, que serán los gritos de mi pobre hijo. (*Emocionado*). ¡Pobre Luis mío!

FLEANCIO. No os impresioneis, señor.

REY. ¡Mi única alegría! ¡Mi único bien! perdido para siempre! (*A Dalmiro*) ¡Mira tus obras!

FLEANCIO. (*A Dalmiro*) ¡Anda, valiente, clava una horca en cada esquina!

REY. (*A Dalmiro*). Levanta y huye de mi vista. (*Cuando Dalmiro intenta levantarse, lo detiene el rey*). Mas no; ya que has sido menguado, muere en mis manos! (*Va a darle con la espada y en lugar de clavársela la tira al suelo y le abraza*). No, no quiero tu sangre, no me pertenece. Dios, dijo: «Perdona a tu enemigo». ¡Yo, te perdono!

FLEANCIO. ¡Gran corazón!

CRIADO. ¡Acción noble!

DALMIRO. (*Con gran emoción*). ¡Señor, per-

dón! ¡No me lo daréis porque no soy digno de él! ¡He pecado contra Dios y contra el rey! ¡Ah, si yo pudiera devolver la vida a vuestro hijo! (*Levantándose*) ¡Tomad la mía!

Rey. Ya he visto bastante sangre: No quiero ver más. ¡Te perdono!

Dalmiro. Quiero, señor, amar a ese Dios que amais. Quiero, majestad, ser vuestro esclavo.

Rey. ¡Qué te pensaste! ¿Que no pesa la corona? ¡Infeliz! ¿No sabes que las coronas de los reyes están formadas por el metal del dolor y las piedras preciosas de la resignación?!

¡Loco! No has sabido gobernar tu conciencia y querías gobernar un reino?

Dalmiro. ¡Lloraré a vuestras plantas eternamente!

Rey. Mejor harás de llorar a los pies del Crucifijo! Yo, ya te perdono.

(*Entran en escena campesinos y soldados con gran algazara*).

Camp. ¡Dónde está el traidor!

Rey. ¡Atrás todos!

Camp. ¡Viva el rey!

Rey. (*Dirigiéndose a todos*). Vista la corte de luto, canten las campanas el dolor de un rey que ha perdido a su hijo. (*A Dalmiro*) Y tú, reconcíliate con Dios: Vete a tu cuarto y no sal-

gas hasta que hayas bañado de lágrimas la imagen de Cristo.

¡Toda la corte acuda a las pompas fúnebres del príncipe!

(*Con dolor, pero al mismo tiempo resignado*) ¡Dios mío: si ha sido necesaria la trágica muerte de mi hijo, para la conversión de Dalmiro, yo te la ofrezco con mis lágrimas!

¡Hijo mío; vela por mí y ayúdame desde el cielo a llevar el terrible peso de la corona.

FIN



PRECIO: 1'50 Ptas.

